

EL «MOYON DE LA CORRALA» UN MONOLITO DEL ALTO ALLER

POR

M. A. DE BLAS CORTINA y J. A. RODRIGUEZ ASENSIO

En el otoño de 1975, cuando recogíamos noticias sobre estructuras monumentales prehistóricas en Asturias, nos fué comunicada por Manuel González Rodríguez la existencia de un llamativo bloque de piedra hincado verticalmente en tierra en el centro de la Pola del Pino y en torno al cual circulaban leyendas que, una vez más, sacaban a relucir la actividad atesoradora de los «míticos» moros. El 23 de Noviembre del mismo año realizamos la visita al lugar, pudiendo constatar la veracidad de la información. El mismo día se llevó a cabo el estudio in situ del mojón, el levantamiento de calcos sobre los grabados que en él se registran y la anotación de las distintas versiones populares que intentan justificar su presencia.

La Pola del Pino en el concejo de Aller, a 11,5 kms. de Cabañaquinta, capital del mismo, se sitúa a una altitud de 580 metros sobre el nivel del mar, agrupándose el caserío en la actualidad de manera desigual sobre las dos bandas de la carretera que, a través del Puerto de San Isidro, comunica Asturias con las tierras leonesas. La población y las huertas del entorno descansan sobre el estrecho plano de la vega que determina la margen derecha del río Aller o San Isidro (1) primer curso fluvial del territorio (Fig. 1).

(1) Actualmente los términos río Aller o río de San Isidro se usan indistintamente, aunque en el siglo pasado también se utilizó el de río Braña.

En el centro del pueblo —inmediato a la esquina noroeste de una edificación (la casa de Toña) que dá su fachada a una pequeña plaza conocida como la Corralá y ubicado en el borde izquierdo de la calleja que accede a la misma— se encuentra el monolito que analizaremos en las líneas que siguen. Las características monumentales y morfológicas de la piedra, los grabados que presenta además de la falta, que nosotros sepamos, de paralelos en la región y, en último término, el peligro de destrucción que puede entrañar para el mismo cualquier obra en la zona, son los factores que nos han decidido a dejar constancia escrita, de su existencia, en estas páginas.

TRADICIONES POPULARES RELATIVAS AL MOJON

Como es frecuente en todos los ámbitos rurales la explicación dada por los lugareños a la piedra hincada guarda una estrecha relación con la estancia en aquella zona de los moros imaginarios, autores de todo lo que resulta difícil de explicar. A ellos se debería la construcción de un castillo en el que habitaban —comprensiblemente hoy desaparecido— pero que según nuestros informantes se erguía a unos siete metros al Sur del monolito, debajo del area sobre el que ahora se asienta un hórreo. «*Caminando debajo del mismo, pisando fuerte con los pies calzados con madreñes, suena a hueco*» y allí permanecen enterrados los fundamentos de la presunta fortaleza.

En algún momento, hace por lo menos varias decenas de años, circularon gacetas o libros de tesoros que hablaban de la existencia de una ocultación fabulosa. Como suele ocurrir, la extraña piedra era el necesario punto de referencia para, pasados los apuros, poder rescatar lo que tan precipitadamente se había escondido. Probablemente tomado de tales guías para los buscadores de ayalgas sea el dicho que pudimos recoger de viva voz:

«*Del Moyón de la Corralá al Matu del Rateru, hay un pelleju de buey pintu, todú llenu de dineru*» (2).

Gacetas y leyendas promovieron varias remociones y búsquedas en la base del mojón, todas ellas improductivas pero que permitieron observar la gran profundidad de la parte hundida.

Cfr.: MADUZ, P. *Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico de España y sus posesiones de Ultramar*. Tomo XIII. Madrid, 1849, pág. 38.

(2) Referencia de Jerónima Suárez, de 70 años, el 23-XI-75.

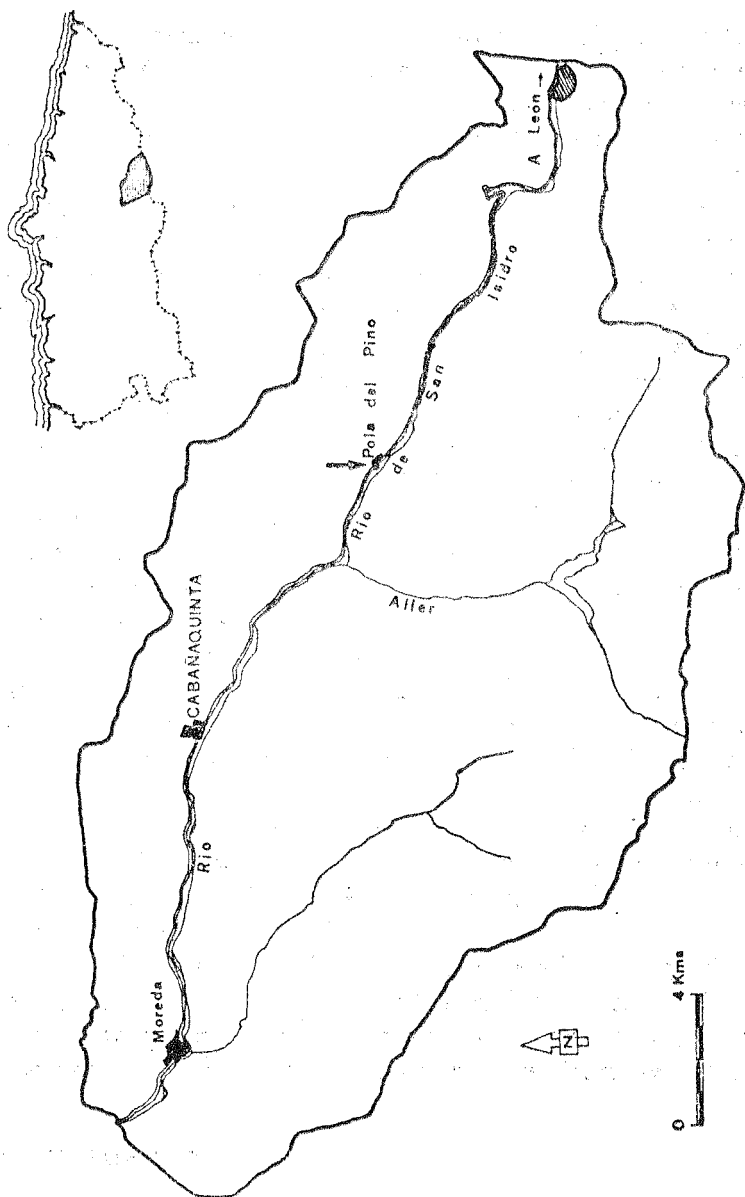


Fig. 1.—Localización de la Pola del Pino en el Alto Aller.

El «Moyón de la Corralá», es un bloque de arenisca cuya litología presenta características comunes con las de otros materiales pétreos empleados en distintos edificios y muros del pueblo, lo que indica el aprovechamiento sistemático de alguna afloración rocosa próxima.

El mojón se encuentra hincado verticalmente en el suelo con gran firmeza, circunstancia que denota que una parte importante de su cuerpo es probable que permanezca enterrada. Actualmente la parte visible alcanza unas dimensiones considerables: 1,95 metros de altura. La sección media de forma cuadrangular es de unos 0,55 por 0,50 metros por término medio.

Morfológicamente el monolito podría definirse como un bloque prismático bien regularizado y de aristas redondeadas que en su cuarto superior va engrosándose lateralmente adquiriendo un desarrollo curvo para finalizar en un vértice convexo ligeramente apuntado. Es un hecho, evidente para el espectador que examina el bloque con detenimiento, que la forma final recuerda, visto en conjunto, a un «phallus», sobre lo que volveremos más adelante.

El proceso de confección pasó por dos etapas sucesivas; una talla preliminar que conformó su forma básica y después una intensa labor de abrasión sobre gran parte de la superficie de tallado. En la actualidad está intensamente erosionado mostrando numerosos repicados y saltaduras.

El que a grandes rasgos el monolito sea un prisma cuadrangular nos permite, al hacer el análisis de los grabados, hablar de cuatro caras que denominaremos A, B, C y D. La primera de ellas es la más visible dando frente al camino y orientada al Oeste. Su opuesta, B, mira al Este, siendo la C la orientada al Sur y la D al Norte. El ángulo que forman los planos A y C, a partir de la mitad inferior (la inmediata al suelo), se encuentra desgastado por numerosas rozaduras debidas seguramente al paso de carros.

LOS TEMAS GRABADOS

Cara A (Fig. 2). En el frente Oeste del monolito es la más visible dada la disposición del mismo. Los motivos figurados que en ella se registran aparecen repartidos desde las proximidades del extremo superior hasta unos 40 centímetros del suelo en la inferior. Se anotan solamente seis cruces de formas y tamaños dife-

rentes. La más alta, de tipo latino aunque algo desproporcionada presenta un engrosamiento terminal en los brazos (230 x 150 milímetros). Bajo ella se localizan otras dos de menores proporciones (130 x 98 y 135 x 25 mm.) y también latinas aunque de brazos más regulares. A continuación una zona de piqueteado que pudo haber sido otro cruciforme (125 x 150 mm.). Finalmente dos cruces más, incisas, una de ellas de trazo simple (74 x 60 y 98 x 100 mm.), quedan distanciadas del conjunto superior por algunos repicados en vírgula y por dos cazoletas piqueteadas (40 y 45 mm. de diámetro).

Cara B (Fig. 3). Por quedar dispuesta paralelamente a la casa de Toña y en zona de sombra aparece totalmente recubierta de formaciones de hongos. Sobre la parte alta y al lado izquierdo a 1,37 metros del suelo aparece piqueteado un tema antropomorfo único.

Se trata de un personaje con los brazos dispuestos horizontalmente que se apoya en dos piernas rectas y bien diferenciadas. Los pies, mirando a la derecha, pudieran señalar la progresión en ese sentido. La cabeza, cuadrangular y unida al tronco por un cuello claramente señalado, muestra superiormente una prolongación fusiforme que interpretamos como el tocado o un elemento del sombrero que portara el individuo representado.

Bajo el pie derecho aparece una cazoleta de piqueteado circular. Por último hay que señalar cinco trazos lineales incisos a la altura de la cabeza.

Cara C (Fig. 3). La concentración de temas insculpidos se produce en la parte superior donde se observan cuatro cruces; la más alta, de trazo desigual, es latina. El surco de grabado es de una anchura que va de los 18 a los 23 mm. Casi inmediatamente debajo aparece piqueteado un conjunto formado por una cruz potenziada que en su extremo inferior se ensancha en un amplio desarrollo triangular que debe ser interpretado como una peana o base de sustentación. Sobre el lado derecho de la misma arranca una cruz grabada sólo parcialmente con las mismas peculiaridades formales que la primera. El conjunto alcanza unas proporciones de 220 mm. de altura por 150 de anchura máxima.

Una cuarta crucecita entre griega y bizantina de pequeño tamaño (50 x 50 mm.) aparece a la derecha del conjunto anterior. Bajo ella y junto a la peana se anotan un desconchado y una cazoleta excavada de forma cruciforme que, en principio, pudo ser una cruz desfigurada posteriormente.

Bajo la peana se anotan dos excavaciones u hoyuelos de desarrollo circular (25 y 42 mm. de diámetro).

En la mitad inferior de la superficie existen además, a 105 centímetros de altura sobre el suelo y limitando con el borde izquierdo, una cazoleta circular bien visible encima de una pequeña cruz griega incisa. A la misma altura y en el lado derecho hay otra cruz realizada también con un trazo inciso y fino, y otra serie de grabados lineales. Un último cruciforme dispuesto oblicuamente con respecto al eje longitudinal aparece a ras del suelo.

Cara D (Fig. 4). En ésta se anota únicamente una figuración de interés aparte de algún trazo inciso y disperso en distintas zonas de la misma. El tema al que nos referimos es un signo, con técnica de piqueteado, de desarrollo laciforme en dos bucles. Pudiera tratarse de un alfabético. Son sus dimensiones: altura, 220 mm.; anchura, 120 mm., el surco piqueteado alcanza una anchura que oscila entre 17 y 28 mm.

Sobre el borde izquierdo de la cara y en su mitad se localizan trazos sueltos, no significativos, hechos a percusión.

LAS TÉCNICAS DE GRABADO

Las técnicas utilizadas para la consecución de los temas descritos no son siempre fáciles de observar dada la acción erosiva que la piedra ha sufrido y la propia combinación de métodos que pudieron utilizarse; no obstante creemos que pueden ordenarse en tres grupos:

Incisión. Se obtuvo el surco de grabado a base de aplicar un instrumento agudo sobre la superficie de la piedra. El trazo es profundo y estrecho tendiendo a una sección en V que en algunas figuras denota la utilización de un útil metálico. Con esta técnica se grabaron las cruces de la cara A.

Piqueteado. Consiste en un trabajo a percusión, apretado, que deja pequeños hoyos de impacto inmediatos los unos a los otros hasta crear una banda rebajada limitada por bordes irregulares.

Personaje de la cara B y signo de la D.

Incisión y piqueteado.—Combina las dos técnicas anteriores. El surco debido a la percusión se iguala posteriormente con la aplicación de una punta aguzada hasta conseguir planos más uniformes. Se localiza esta técnica en las cruces de la cara B.

EL MONOLITO Y SU SIGNIFICACION

Una vez valorado intrínsecamente el monolito procede interrogarse sobre cual es su papel, cuales son las causas —que nadie en la localidad supo explicar actualmente— de su erección.

Resulta indudable que el hecho de que aparezcan figuraciones insculpidas sobre el mojón encierra algún significado simbólico que debe ser considerado detenidamente, pero también es posible analizar ambas partes por separado ya que verosímelmente piedra e inscripciones no tienen por que ser sincrónicos.

Como se ha visto en las tradiciones populares no se alude ni a las cruces ni al resto de los motivos insculpidos dejando de manifiesto, por el contrario, el carácter relevante del bloque causante de las mismas. Así es, en principio, el propio mojón quien debe ser valorado con detenimiento para intentar establecer las razones de su existencia. Dos opciones pueden ser planteadas:

A. Si atendemos a su carácter monumental (altura y volumen), a su forma apuntada y a su disposición en el terreno, la primera idea que surge tiende, tentadoramente, a ponerlo en relación con piedras similares que provistas de un contexto más claro pasaron a catalogarse como megalitos prehistóricos; los llamados menhires. Es indudable que esta posibilidad, que no puede inicialmente ser descartada, resulta difícil de admitir dado que hasta el momento tales monumentos son totalmente desconocidos en la región asturiana, aunque no ocurra lo mismo en otras zonas del Norte de la Península (3). En este sentido la garantía de certeza dependería del contexto; proximidad de yacimientos prehistóricos, o de exca-

(3) Tanto en Galicia como en el País Vasco la existencia de menhires es admitida por los prehistoriadores. En Galicia aparecen vinculados a los denominados campos de mámoas y aunque algunos fueron desechados, otros, por el contrario, se aceptan como auténticos en la bibliografía. Con grabados cruciformes se localizó uno en la Veiga, Vilamea (Ayuntamiento de Guntín, Lugo) y varios más en la misma provincia. Véase a VAZQUEZ SELJAS, M. *Lugo en los tiempos prehistóricos*. Lugo, 1943, pág. 23. En tierra de Bergantiños (La Coruña) hay otro similar a los lucenses. LOPEZ CUEVILLAS, F. *La época megalítica en el Noroeste de la Península*, en *Caesaraugusta* 13-14. Zaragoza, 1959, págs. 67-68. Un ejemplar también gallego descubierto posteriormente en Pontevedra se recoge en la nota 10.

En el País Vasco, si bien no son frecuentes, hay varios casos localizados como el de Mugako - Arriya (Urbasa) y el de Iparla (Bidarray). Véase a LEIZAOLA, F. DE. *Hallazgo de un menhir en la Sierra de Urbasa (Navarra)*, en *Munibe*, núm. 1. San Sebastián, 1973, págs. 13-18 y ALTUNA, J. *Lehen euskal - herria. Guía ilustrada de Prehistoria Vasca*. Bilbao, 1975, pág. 206.

vaciones en su base que, en este caso, dadas las distintas remociones que se han indicado, no es probable que aportasen resultado alguno (4).

Observado el «moyón», preferentemente por las caras A y B, sorprende la morfología que adopta en su desarrollo. Como se señaló en la descripción, la parte final adquiere un claro engrosamiento con respecto a la tendencia prismática general, que va desarrollándose para finalizar en un frente de forma apuntada. Este hecho hace que surja, de manera inmediata, la idea de encontrarnos ante la representación plástica de un «phallus». La atribución fálica a piedras hincadas y menhíres fue una tendencia generalizada a finales del siglo XIX y primeros años del presente. Esta aceptación tropieza con la postura de Dechelette para quien semejante atribución sería simplemente una conjetura «quimérica propia de espíritus imaginativos» (5). Sin embargo, frente al abuso de esta interpretación y a la rotunda negativa del arqueólogo francés, debe admitirse una postura más ecléctica en algunos casos en los que concurren argumentos de solidez. En los últimos años han sido descubiertos y estudiados varios menhíres en territorio portugués en los que la intencionalidad fálica parece fuera de duda. El menhir de Outeiro (Reguengos de Monsaraz), aparte de su forma general, presenta en el vértice, con todo realismo, la representación insculpida del meato urinario. En este grupo podrían incluirse también otros ejemplos portugueses como uno de la Granja de São Pedro y otro de Xarez (6).

Los bloques hincados monumentales de atribución prehistórica deberían su erección, probablemente, a causas diversas (7).

(4) La calificación de prehistóricos para muchos de estos monumentos pudo establecerse sobre la realización de excavaciones en su base o proximidades. Véase como ejemplo para los bretones a DECHELETTE, J. *Manuel d'Archéologie préhistorique celtique et gallo - romaine*, I, París, 1908, pág. 438 y GIOT, P. R. *Bretaña*. Ed. Argos, Barcelona, 1962 (Versión española del original inglés de la serie *Ancient peoples and places* editada por Thames and Hudson).

(5) DECHELETTE, J. *Manuel...*, pág. 431, nota 2.

(6) FARIÑA DOS SANTOS, M. *Pre-Historia de Portugal*. Ed. Verbo, Lisboa Cacém, 1972, pág. 64 y fig. 56 en pág. 59. Admitiendo este carácter en ciertos casos se define GIOT, *Bretaña...*, pág. 132, donde se recogen ritos de fecundidad en torno a un menhir realizados por campesinos hasta tiempos recientes con la finalidad de "asegurar que, en caso de que una pareja contraiga matrimonio, el hombre pueda engendrar hijos y la mujer ser la cabeza de familia", págs. 128 y 129.

(7) DECHELETTE, *Manuel...*, pág. 438.

- Representación de ídolos y fetiches, etc. Cultos de fecundidad, etc.
- Bloques erigidos para conmemorar algún hecho digno de ser perpetuado (alianzas, tratados, acciones bélicas, etc.).
- Señalización de límites territoriales entre grupos humanos distintos.
- Indicadores de algún lugar especial: zonas funerarias, necrópolis, etc. (8).

Ahora bien, los llamados menhíres, si en muchos casos son prehistóricos y suelen vincularse a las primeras edades metálicas, su erección, dada la simplicidad de su estructura, se repite en etapas muy alejadas tanto cultural como temporalmente. Bástenos recordar, entre muchos ejemplos posibles, las piedras con caracteres «ogham» en la Escocia altomedieval o los bloques hincados con textos en caracteres rúnicos que tuvieron vigencia en Noruega hasta los siglos XI y XII.

B. Pudiera tratarse de un hito terminal, una referencia de término, señalando bien un límite de territorios concejiles, el final de propiedades particulares, o bien la separación entre dominios monásticos o la delimitación de parroquias.

Si así fuera, la erección del «moyón» habría que situarla en tiempos históricos, probablemente en la Edad Media o posteriormente. El que la señalización de límites se plasme en bloques pétreos es algo constantemente repetido y reflejado numerosas veces en la documentación escrita. Un repaso a la diplomática medieval aporta un número muy elevado de términos como «*petra ficta*», «*pedrafita*», etc., en el ámbito peninsular o en Francia; «*pierre fiche*», «*gros caillou*», «*Pierre debout*», etc., que aluden indistintamente a menhíres o a hitos más modernos.

En el caso concreto de Asturias está suficientemente demostrado. El término *petra fixa* puede ser recogido en buen número de ocasiones al hablar de límites territoriales de las pueblas, como prueban las cartas conservadas. En la actualidad alguno de esos hitos levantados en la Edad Media y ocupando todavía su ubicación primitiva ha llegado documentado hasta nosotros. Un

(8) Un buen ejemplo lo tendríamos en los menhíres franceses de Thourel (Maine-et-Loire) que en número de siete y bien espaciados unen un poblado Neolítico con un gran dolmen situado a 2.400 metros. Serían, por tanto, un alineamiento indicador desde el pueblo a la tumba colectiva. Cfr. GRUET, M. *Inventaire des mégalithes de la France. 2. Maine-et-Loire*. 1er. supplement a "Gallia-Préhistoire". C. N. R. S. París, 1967, pág. 312.

mojón perforado, la misma «*Pedra Furada*» de Carrasconte que cita la carta puebla de Laciana al referir los límites de su territorio, ocupa todavía su antiguo emplazamiento (9).

Sin embargo, no todos los mojones que aparecen en las fuentes escritas y utilizados en tiempos históricos fueron levantados en la época. Una circunstancia habitual es la de aprovechar estructuras monumentales prehistóricas que por su carácter llamativo y por su entidad quedaban acusadamente destacadas sobre su entorno. En el caso de los dólmenes, túmulos o mámoas, está bien claro, pero puede señalarse igualmente este aprovechamiento de los viejos menhíres. En Francia, donde son muy abundantes, después de asentar una cruz en su cúspide, fueron convertidos en monumentos cristianos. Más próximo a nosotros se detectó un menhir gallego ornamentado con trazos incisos; «*A Lapa de Gargantans*» (Pontevedra) que sin ninguna adición posterior constituye el límite de las parroquias de San Martiño de Gargantans y Santa Xusta de Moraña. Los motivos insculturados; círculos y herraduras, que detenta en su superficie, así como su asociación con diversos yacimientos prehistóricos: un túmulo a 80 metros y un castro a 200 metros, además de sus dimensiones (2,40 metros de altura sobre el suelo actual) hacen que haya sido clasificado como perteneciente a un Bronce Inicial (10). Es este un simple ejemplo de algo muy generalizado (11).

La confusión entre hitos y menhíres, catalogados de una u otra manera, es en muchos casos insoluble, y el esclarecimiento se funda generalmente en criterios ajenos al monumento en sí (12).

El que «el Moyón de la Corralá» aparezca en el centro de un pueblo con varios siglos de existencia y no en un terreno abierto

(9) Comunicación personal de J. I. Ruiz de la Peña.

Para el topónimo Piedrafita y términos cercanos, en Asturias, hay que señalar los casos recogidos por J. M. González y las interesantes observaciones que hace sobre los mismos. Cfr. GONZÁLEZ, J. M. *Un túmulo prehistórico en Piedrafita de Soto (las Regueras)*. Bol. Inst. Est. Asturianos, núm. XV, 1952, pág. 182-184.

En Soto de las Regueras coinciden, en relación con un túmulo prehistórico, dos topónimos significativos: *Arca* (el dolmen) y *Piedrafita*.

(10) BLANCO FRELJEIRO, A.; GARCIA ALEN, A.; PARATCHA, C. «*A Lapa de Gargantans*», en Cuadernos de Estudios Gallegos, XIX, 1964, págs. 5-9.

(11) MACIÑEIRA, F. DE. *Círculos líticos y túmulos dolménicos de la Cuenca Superior del Eume*. «Arquivos do Seminario de Estudos Galegos», II, Santiago de Compostela MCMXXXIX, págs. 1-4.

(12) Véase lo que al respecto se dice en FERRO COUSELO, J. *Los petroglifos de término y las insculturas rupestres de Galicia*, Orense, 1952.

o en un lugar prominente dificulta su interpretación. Es preciso considerar que su emplazamiento puede ser muy anterior a la fijación en la zona de un asentamiento humano estable y que después, en virtud de una especial valoración del mismo hoy perdida, haya supervivido hasta la actualidad. Como elemento funcional o simbólico, su significado resulta desconocido y solamente en el terreno del folklore encuentra sentido como garante de la existencia de un tesoro oculto.

* * *

Si hasta ahora nos hemos referido al mojón en sí mismo, es preciso hacerlo ahora a los temas, figurativos o no, que aparecen en sus caras. Renunciamos a la búsqueda de similitudes formales para la figura humana puesto que a pesar de que exista algún parecido en ciertas manifestaciones pictóricas de la Meseta, clasificadas como prehistóricas, también recuerda representaciones modernas, a lo que hay que añadir la imposibilidad de fijar algún tipo de referencia cronológica como pudieran ser las técnicas de ejecución, pátina, etc.

De mayor interés, por la posible significación que encierran, resultan los temas cruciformes. Como ya se ha señalado son varios los tipos registrados; cruz griega, latina, potenziada, etc., e incluso, en la cara A, lo que pudiera ser un calvario del que se conservan dos cruces montadas sobre una base trianguliforme. Además de la tipología variada existen distintas técnicas de ejecución: incisión y piqueteado o ambas a la vez. Son diferentes la anchura del surco, la profundidad y regularidad del mismo, etc. Por último se aprecian diferencias en el grado de desgaste, pátina y coloración.

Toda esta serie de consideraciones prueba que la realización de las cruces se produjo en distintas ocasiones. La aceptación de que así haya sucedido da pie a dos interpretaciones posibles:

—Los cruciformes como marcas de límite territorial.

Durante la Edad Media el empleo de la cruz como señal de término parece que se produjo frecuentemente, al igual que en los siglos XVI y XVII. Sobre este particular hay muestras precisas rastreables, por lo menos, a partir del siglo X. Tal ocurre con la alusión, en términos de la diócesis de Dumio, a una piedra con una cruz, contenida en un escrito del año 911, o varias cruces en uno de los límites de la villa de Aspera, según una donación de

Endregoto al monasterio de San Vicente de Oviedo, fechado en el 978 (13).

No obstante la asiduidad de estos informes queda poco claro el continente de las señales y en muchas ocasiones parece que se trata de piedras informes e incluso peñascales y afloraciones rocosas (las piedras cruzadas, los penedos cruzados). Este tipo de roquedales con cruces, grabados diversos y también textos inscritos, parecen ser los causantes de la cristalización de un topónimo habitual en todo el área hispánico; las denominadas Escritas: *Petra Scripta*, *Scripta*, *la Peña Escrita*, *la Escrita*, etc. (14).

La validez de los grabados rupestres ha llegado hasta tiempos recientes, en pleno siglo XX los límites entre Asturias y León, en el concejo de Onís, se indicaban mediante dos cruces grabadas en una roca (15).

En cuanto a las cruces sobre dispositivos líticos previamente tallados e hincados la información resulta menos abundante, aunque hay datos que prueban su existencia en citas de los siglos XVI, XVII y XVIII. Generalmente los mejor documentados servían como separaciones jurisdiccionales (16).

—Los signos cruciformes como señales de cristianización.

Los testimonios catalogados en este aspecto son muy abundantes, tanto sobre monumentos prehistóricos como sobre templos cristianos. Es preciso distinguir aquí entre la cruz como mero signo a base de dos trazos rectos que se cruzan, y el símbolo cristiano al que a veces se añaden algunos implementos; bases de sustentación, caracteres alfabéticos, etc. La morfología de las cruces del «Moyón de la Corralá y otros rasgos ya indicados nos inclinan a admitir como más aceptable la posibilidad de que sean «cruces de cristianización» plasmadas sobre la piedra en repetidas ocasiones distanciadas en el tiempo. El conjunto con la peana triangular nos recuerda otros grabados en las paredes de la catedral de Oviedo, posteriores al siglo XVI, y otras también modernas como alguna del monumento rupestre prehistórico de Peña Tú (Puertas

(13) FLORIANO LLORENTE, P. *Colección diplomática del monasterio de San Vicente*. Inst. de Est. Asturianos. Oviedo, 1968. XX, 978, Marzo 25.

FERRO COUSELO, *Los petroglifos*, págs. 115 y 116.

(14) GONZALEZ, J. M. *Las "Escritas" del dominio toponímico*. Separata de las "Actas do Congreso Internacional de Etnografía". Junta de Investigações de Ultramar. Lisboa, 1965

(15) LLANO DE AMPUDIA, A. DE *Bellezas de Asturias de Oriente a Occidente*. Oviedo, 1928, pág. 95.

(16) FERRO COUSELO, *Los petroglifos...*, págs. 119 y ss.

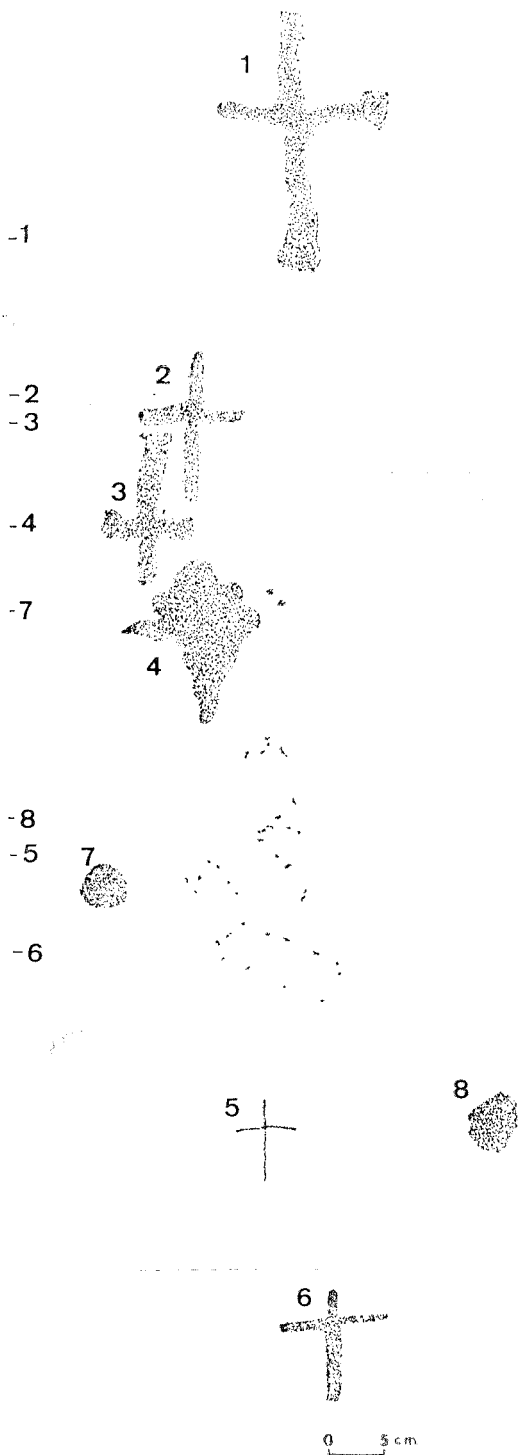
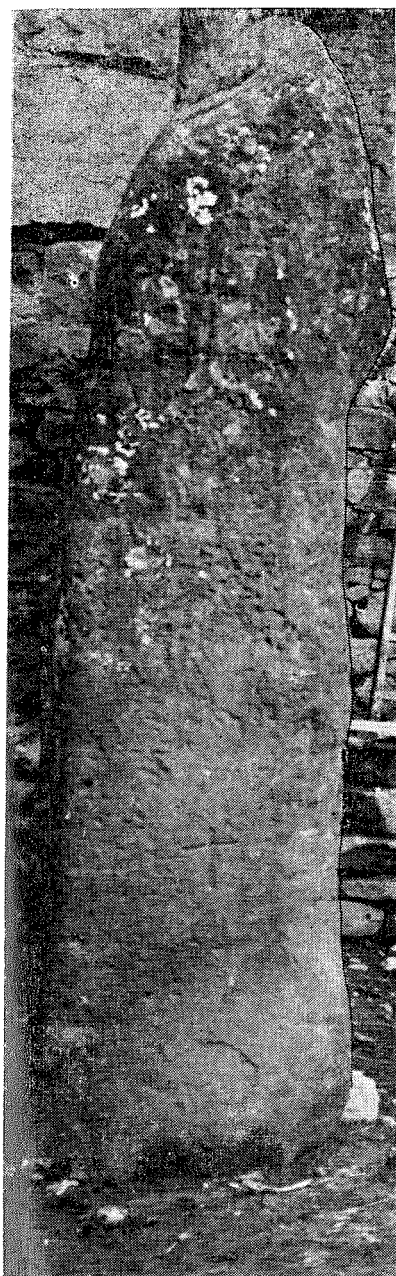
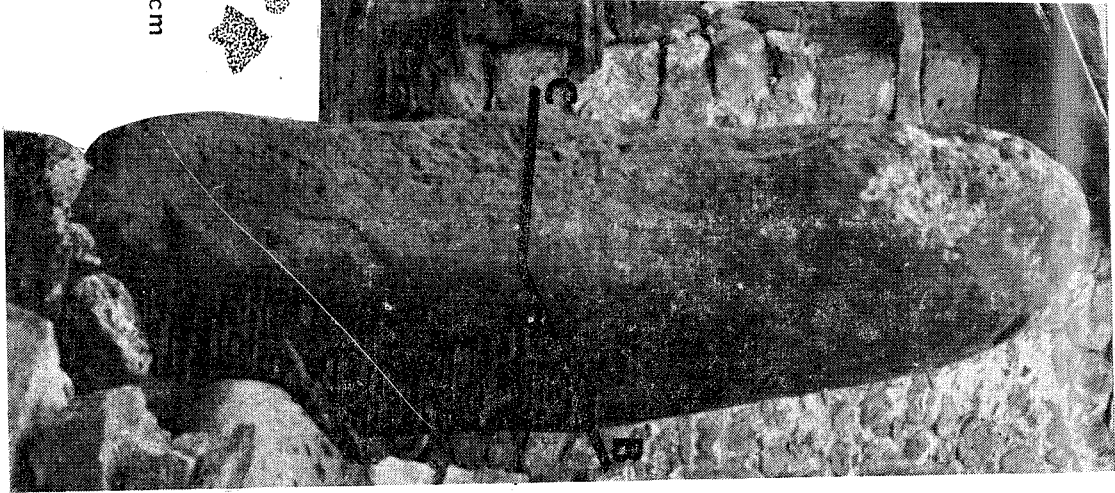
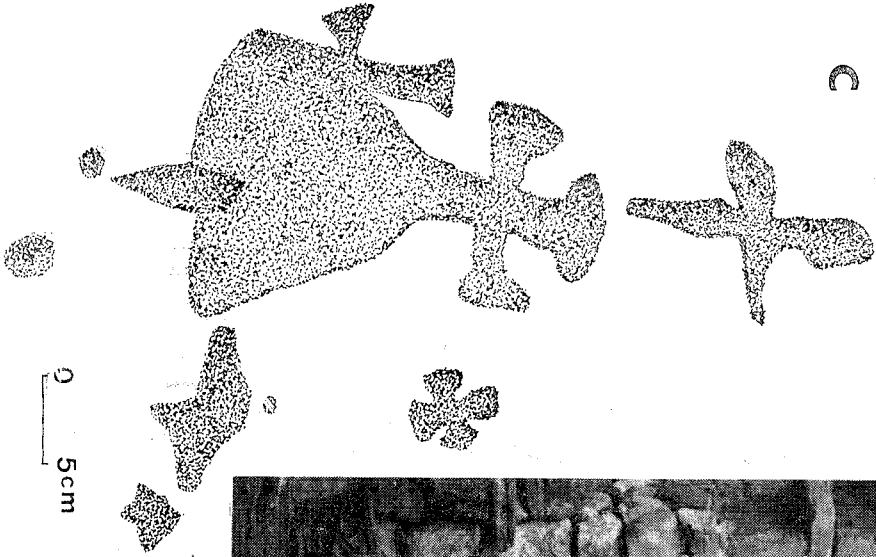


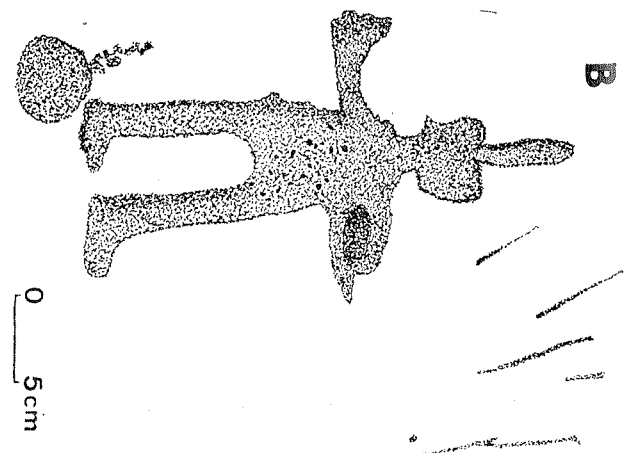
Fig. 2.—Cara A y calco general de los grabados que presenta.



0 5cm



C



B

0 5cm

Fig. 3.—Caras C y B y calcos de los temas grabados.

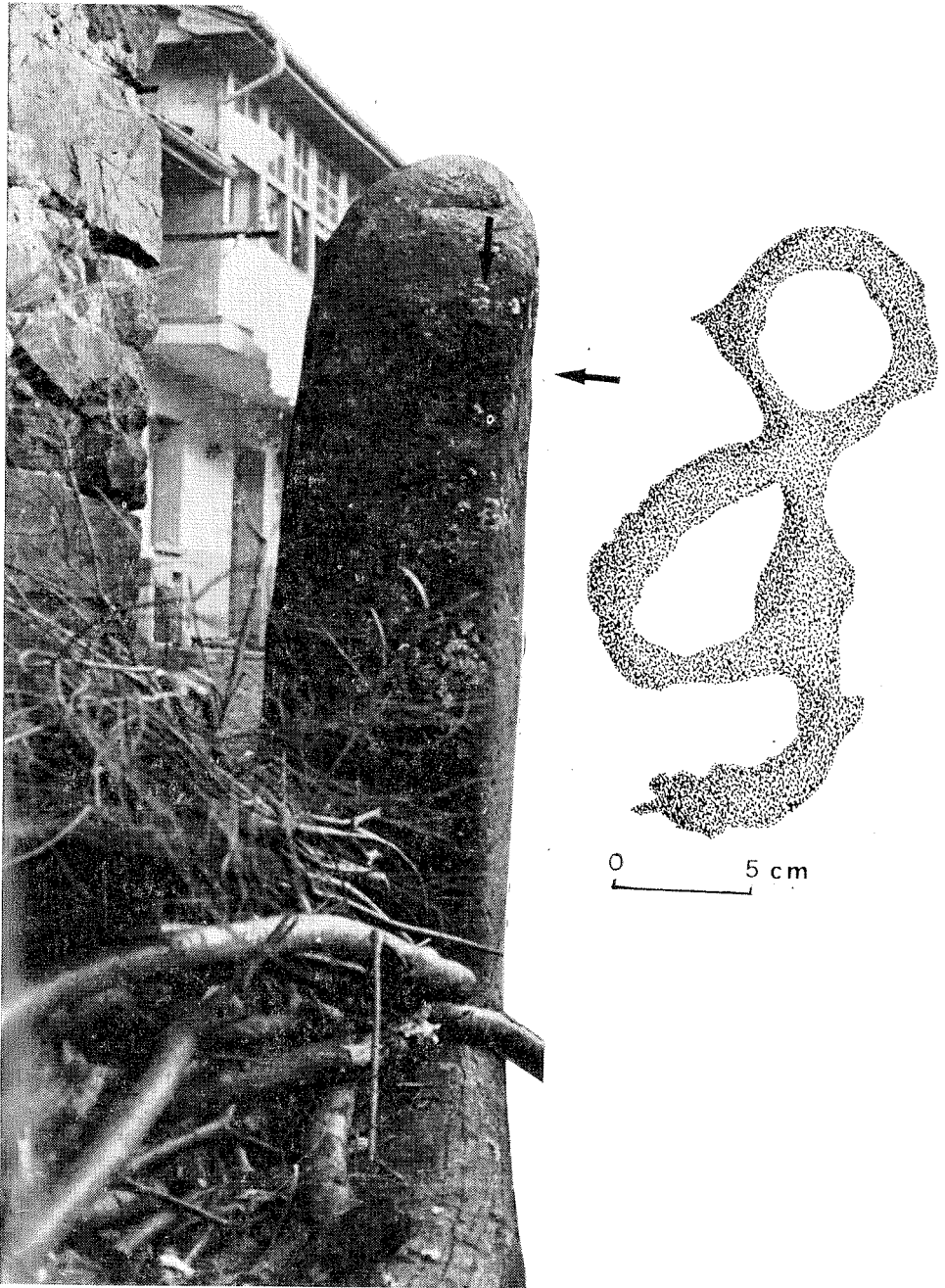


Fig. 4.—Cara D y calco del signo grabado en el punto que indican las flechas.

de Vidiago, Llanes). No tendría nada de sorprendente el que en este monolito del Alto Aller nos encontremos ante un testimonio más de asimilación por la religión cristiana de algo que previamente habría sido objeto de veneración o de prácticas religiosas, hasta lograr transformar totalmente su origen pagano. En el caso de la Iglesia, la lucha a lo largo de su Historia contra las creencias primitivas pasó, repetidamente, por la desvirtuación y la reconversión de los cultos a la piedra, de difícil desarraigo (17).

Un último motivo a considerar son los hoyuelos excavados por piqueteado; las denominadas cazoletas. Su número muy limitado, el que algunos parezcan simplemente esbozos de figuras inacabadas y su carácter general no significativo dada su repetida presencia en contextos muy distanciados nada pueden aportar a lo dicho (18).

* * *

Después de esta breve exposición queda claro que el inclinarse por cualquiera de las posibilidades apuntadas resultaría ahora demasiado aleatorio. Sin embargo, de alguna manera, está cumplido el objetivo; dar testimonio de la existencia de un extraño

(17) Las disposiciones emitidas por la Iglesia para eliminar la litolatría están reflejadas tanto en diversas actas conciliares como en la obra escrita de algunos religiosos. Cf. DECHELETTE, *Manuel...*, págs. 379 y 380 Brevemente para la Península Ibérica en BLAZQUEZ, J. M. *Religiones primitivas de Hispania*. I. Madrid, 1962, págs. 39 y 40.

Para la adoración a las piedras véase a MIRCEA ELIADE, *Traité d'Histoire des religions*. Bibliotheque Scientifique. Ed. Payot. París, 1968, págs. 186-207.

La persistencia de estas creencias hasta nuestros días se ha observado en numerosas ocasiones. Para España algunos ejemplos ilustrativos casi siempre en torno a la fecundidad de la mujer pueden leerse en LOPEZ CUEVILLAS, F. *La civilización céltica en Galicia*. Santiago de Compostela, 1953, págs. 419-421 y LOPEZ MARTINEZ, M. *Las religiones prehistóricas de Galicia*, en Cuadernos de Estudios Gallegos, 1960, págs. 131-133 que se centran preferentemente en Galicia. En Cataluña lo que se denomina como "viejo menhír" a la entrada del valle de Nuria, conocido como la piedra de San Gil después de su cristianización, era objeto de culto desde tiempos inmemoriales. Las casadas que deseaban ser madres se rozaban contra el megalito que les transmitía su capacidad fecundadora. AMADES, J. *Piedras de virtud*, en Revista de Dialectología y Tradiciones Populares, Tomo VII, 1951, págs. 91-93.

(18) Para la problemática de las cazoletas puede consultarse: SOBRINO LORENZO, R. y MARTINEZ LOPEZ, J. *Petroglifos de la comarca de Lalín*. Cuadernos de Estudios Gallegos, XIII, 1958, págs. 6-17.

monolito en riesgo, en cualquier momento, de desaparecer definitivamente. Su interpretación, si es que llega a producirse, podrá ser factible cuando el inventario de posibles casos similares tenga la suficiente entidad y base documental como para superar decididamente el juego inseguro de las especulaciones.